

# PASTORAL LIBERADORA Y EXPERIENCIA ESPIRITUAL

Pedro Trigo

En las zonas suburbanas de nuestro país está surgiendo una pastoral liberadora. No se trata de una moda o de un contagio (aunque en algunas mediaciones intervengan para bien y tal vez para mal elementos nacidos en otras latitudes y circunstancias). A la base de esta pastoral podemos constatar una experiencia espiritual. Esta experiencia fundamenta a la pastoral liberadora y esta pastoral realimenta a la experiencia espiritual e incluso la recrea.

Considerando que la pastoral liberadora tiene entre nosotros unos 15 años, podemos distinguir dos etapas en el desarrollo de la experiencia espiritual que la anima. En la primera etapa de la pastoral liberadora cuenta más que nada la experiencia espiritual de los agentes pastorales. En la segunda etapa cuenta también, y cada vez más, la experiencia espiritual del pueblo. Vamos a intentar una somera caracterización de ambas, insistiendo en el momento actual, que posee una inflexión propia aunque en él también están vivos y actuantes los momentos anteriores.

## PRIMERA ETAPA

### DESDE LA PROMOCION POPULAR

Aunque en nuestras ciudades siempre hubo marginalidad urbana, los barrios actuales son casi sin excepción de creación reciente. Los más antiguos datan de los años 40 y 50, pero la mayoría son del tiempo de la democracia. Un proceso tan explosivo escapó al control de los planificadores y exigió duras peleas para la dotación de servicios. También desbordó todas las posibilidades de atención pastoral. De todos los modos, bien por inspiración propia bien por requerimiento de la gente, siempre hubo sacerdotes, hermanas y algunos grupos cristianos que prestaron más o menos periódicamente servicios religiosos y realizaron algunas obras (poco más que simbólicas) de caridad cristiana. Pero el gran salto se dio en la década de los 60 con el desarrollo cada vez más decidido y sistemático de la pastoral de promoción popular. Escuelitas para niños y adultos, institutos técnicos y profesionales, dispensarios, cooperativas... Comunidades religiosas y algunas parroquias constituyeron plataformas estables y a ellas confluyeron multitud de cristianos generosos que empezaban a comprometerse en este novedoso y dinámico apostolado.

Estos agentes pastorales estaban animados por el "alma matinal" del Concilio y combinaban dos impulsos capitales: el **creacionista** y el **encarnatorio**. Por el primero se entendían como colaboradores de Dios en el proceso de la creación de un mundo nuevo mediante

el desarrollo integral de los recursos de la tierra al servicio de la familia humana. Por el segundo, llevados por la simpatía, la generosidad y la compasión, bajaban a donde los que tenían mayor necesidad ("a donde no llega el asfalto") para promoverlos a la altura de los tiempos y de la Iglesia renovada.

### AL COMPROMISO CON EL PUEBLO

A lo largo de la década de los 60 se avanza con tanto empeño que al fin empieza a tocarse techo. Hay personas que se circunscriben a las posibilidades de la situación ("hay que ser realistas"). Pero otros agentes pastorales (idealistas, les dicen; comprometidos, se sienten ellos) no se resignan a quebrar las expectativas creadas por la dinámica del proceso y menos aún se resignan a que personas que han llegado a querer tanto se queden inacabadas, frustradas y aun rotas porque la situación no da para más. El amor concreto a esas personas y la propia realización que se juega en el proyecto en el que se está embarcado llevan una y otra vez, no del todo conscientemente, a forzar la situación.

La respuesta es cortante. Y en efecto provoca un corte: De la confianza fundamental en el orden establecido se pasa al descubrimiento de que no es orden sino violencia establecida. Sus representantes no lo serían del común sino de los de arriba que mantienen a la mayoría dominada por el engaño o la represión. No existiría, pues, homogeneidad social, sino oposición. La miseria no sería entonces la presencia aún no superada del pasado sino que sería mantenida y producida por los mecanis-

mos sociales. Existía una verdadera brecha entre los de arriba y los de abajo. Uno había ido ingenuamente como representante de este orden; ya no es posible seguir con este papel. La generosidad inicial se ve burlada: inconscientemente uno ha sido agente de los de arriba para inculcar a los de abajo la mentira de que la sociedad es un todo continuo en el que a base de esfuerzo y talento puede transitarse de abajo arriba sin más barreras que la ley de la competencia y la ventaja adquirida. La lucha no es sólo por el dominio de la naturaleza y el propio dominio, por el desarrollo de las fuerzas productivas y de las propias cualidades. Existe también una lucha silenciosa de unos hombres contra otros, la lucha de los de arriba contra los de abajo con las armas de las reglas de juego económico, político y policial que determinan que las mayorías se vean privadas de elementos vitales, de capacidad de decisión, incluso del poder de entender lo que les está pasando.

De la generosidad magnánima y compasiva pasan estos agentes pastorales a la **conciencia de que viven en una situación de pecado**. Ya no es posible el idealismo inconsciente. Hace falta optar: o con esta situación que crea, mantiene y profundiza esa brecha social o con quienes son oprimidos por ella. Esta experiencia desgarradora de que la sociedad venezolana no está institucionalizada como Dios quiere, de que por el contrario sus estructuras destilan violencia contra las mayorías, esta experiencia de que se vive en una situación de pecado y que por lo tanto uno no puede vivir en el orden establecido como en su casa sino como en casa enemiga es interpretada como una llamada de Dios a la **conversión**. Conversión era no sólo ir a un barrio sino juzgar desde ahí la situación. Comprender que de ahí se ve la verdad de la Venezuela petrolera. Sentir que por ahí pasa Dios y que por lo tanto abriendo los ojos y más aún los oídos y el corazón ahí puedo encontrar lo que él quiere de mí. De promotor se pasa a indigente, como un recién nacido a otra vida que necesita recrear sus conceptos y más aún su sensibilidad, un hombre en

crisis y a la intemperie que necesita aprenderlo todo y recibir ayuda.

Pero esta necesaria inflexión subjetiva no se experimenta de un modo solipsista porque la situación urge, la vida se vivió como una perpetua emergencia, y además están rostros concretos de antiguos promovidos que se empiezan a ver cada vez más como compañeros y compañeras, como verdaderos hermanos, y en más de una ocasión como "un ángel del cielo que lo animaba" (Lc. 22,43).

Este descubrimiento de los mecanismos estructurales de opresión sentidos como situación de pecado y este proceso de ruptura y reubicación experimentado como conversión son vividos

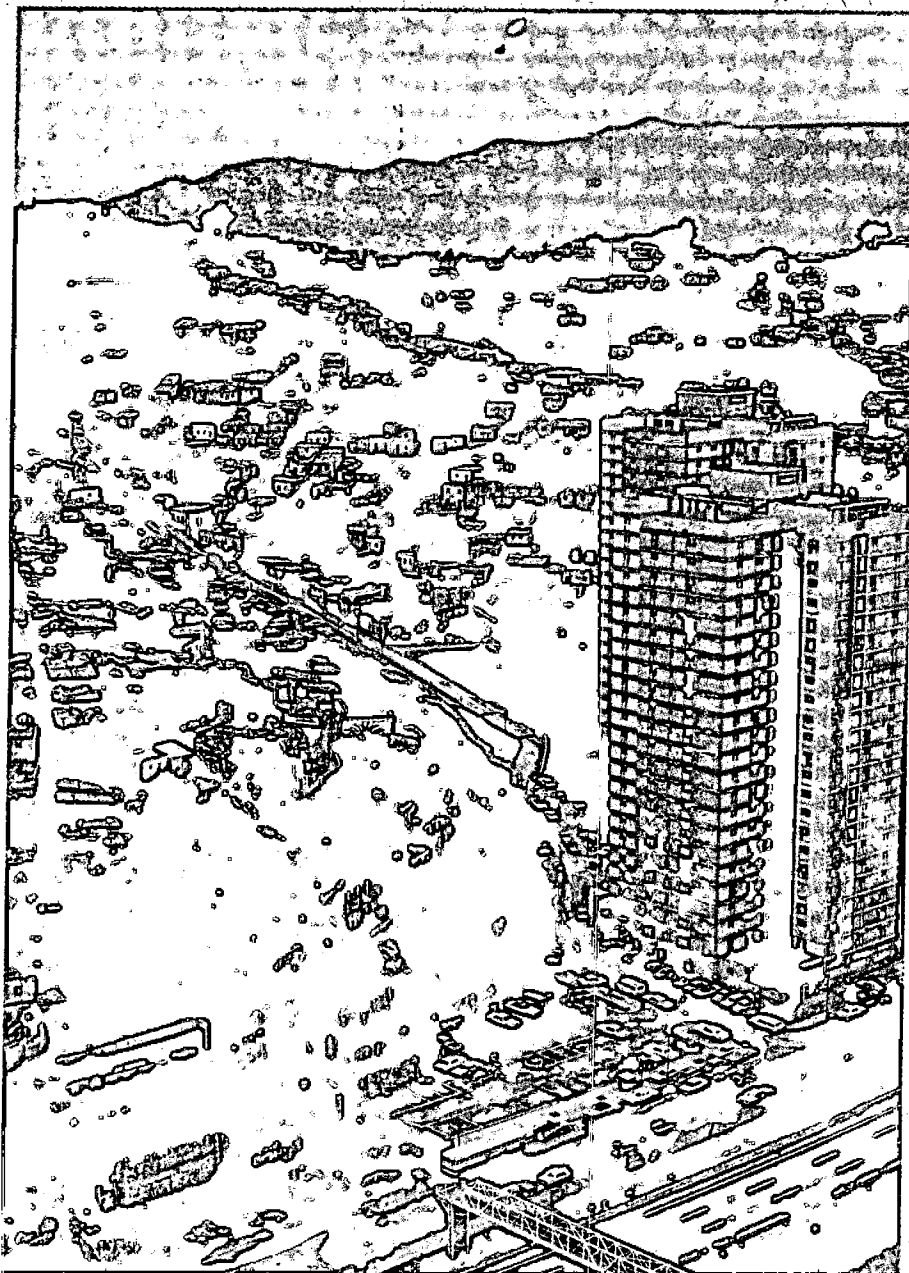
en Venezuela en los primeros años de la década de los 70 con una gran sensación de marginación eclesial. Con una dolorosa sensación de intemperie. Que sin embargo, a pesar de fricciones y choque, puede ser vivida con coherencia y legitimidad eclesiales gracias a los documentos de Medellín y al clima de primavera eclesial que aún se respiraba, pese a todo, por entonces. Sin embargo por esas fechas este proceso no va acompañado por una amplia discusión pública que hubiera permitido aquilatar y perfilar las experiencias fundantes y dotarlas de los cauces más adecuados. Más bien, estos agentes pastorales se sienten golpeados y algo frustrados y tienden a confinarse en sus bases.

## ALGUNAS MEDIACIONES INADECUADAS

Esta falta de conducción y discusión pública en nuestra Iglesia coincide con el surgimiento de la nueva izquierda al escenario político, social e ideológico venezolano, tras la autocrítica que siguió a la derrota militar de los años 60. Viniendo de rumbos opuestos, estos agentes pastorales y estos luchadores políticos se encontraban ambos en una misma situación de ruptura y reinicio. Y de esta circunstancia, del ambiente ideológico latinoamericano, de la escasa preparación ideológica de estos agentes pastorales y de la falta de discusión pública en nuestra Iglesia, se siguió una propensión a mediar esta experiencia espiritual con algunos conceptos básicos y también con algunos tonos emocionales característicos del marxismo. Dirección que venía propiciada por el valor intrínseco de algunos de estos conceptos, que, como patrimonio común de nuestra cultura, fueron incluso recogidos en Medellín y serían luego refrenados y profundizados (y matizados también) por Puebla.

Se trataría de rasgos ambientales más bien que estrictamente teóricos. Uno sería la propensión a ver al pueblo como proletario, como el que no tiene sino sus brazos y su prole y su rabia sorda. Otro, más inconsciente, de origen leninista, sería el considerar al pueblo como una masa representada por una vanguardia clarividente que seríamos (en el futuro) nosotros y nuestros grupos. Otro rasgo objetivamente contradictorio pero subjetivamente coexistente era el representarse al pueblo como sujeto mesiánico. Otra característica sería el sesgo marcadamente utópico: tras la descalificación del orden establecido se propende, para no caer en lo mismo, a la pureza revolucionaria que instaura una hipercrítica que provoca constantes desagregaciones. Otro rasgo, derivado de la década anterior pero reforzado (al fin y al cabo el marxismo es la segunda Ilustración), sería la tendencia secularizante, que, manteniendo la dicotomía de la Restauración de la Cristiandad (lo sagrado - lo profano), la valoraba de modo contrario poniendo la realización cristiana en lo profano con énfasis en lo sociopolítico. Habría que insistir en que los rasgos apuntados operan de modo difuso: conceptualmente estos agentes pastorales rechazan estas caracterizaciones, pero ellas siguen vigentes en los slogans, en el tono emocional y sobre todo operativamente.

### De la experiencia espiritual de los agentes a la experiencia espiritual del pueblo



Más inaprehensible es aún, pero muy perceptible para los demás, un tono dilemático, compulsivo, conminatorio, el desapego respecto de lo anterior y lo vigente, una cierta aceleración vital, falta de naturalidad y tendencia polar a la autoafirmación del grupo y al pesimismo generalizado.

Naturalmente que con estas mediaciones no es fácil empatar con el pueblo. Lo que se logra son más bien grupos de militantes que se despegan de su cultura y aun de sus relaciones vecinales.

## LOGROS

Estas mediaciones no invalidan sin embargo la experiencia espiritual fundante, y así la dinámica de esta pastoral liberadora (tanto los fracasos como los éxitos y más aún la creciente densidad de la realidad que se experimenta) va limando asperezas y logrando expresiones cada vez más cabales. De todos los modos, con mayor o menor éxito pastoral, a través de estos años cristaliza la opción cristiana de echar la suerte con los pobres de la tierra (que son los pobres de Dios) y llega a tomarse como propia su justa causa (que es la de Jesús). Al descubrir la situación de pecado nace la dimensión histórica de la fe como proceso de liberación recreadora. Mal que bien el pueblo empieza a percibir una presencia distinta de la institución eclesial. Como obras de esta fe se logran algunas movilizaciones, no pocas reivindicaciones, algunas organizaciones populares y embriones de comunidades cristianas.

## APORTES DE LA PASTORAL RENOVADA

A lo largo del proceso la misa, vivida intensa y aun patéticamente, fue un elemento altamente significativo que contribuyó a mantener la fe y la identidad cristiana de estos agentes pastorales y de sus allegados. Sin embargo el salto se dio cuando a esta pastoral liberadora, proveniente en gran medida de la promoción popular, se integraron elementos, y más aún personas del campo de la pastoral renovada, cosa que sucedió sobre todo desde fines de los años 70. Los elementos más significativos serían las liturgias y paraliturgias participadas, las catequesis (de primera comunión y familiar) situadas, los grupos de Biblia y Vida, la revitalización de las fiestas (con representaciones sagradas, viacrucis actualizados...); las misiones. Ligados a los anteriores, estos elementos propician la



El pueblo empieza a percibir una presencia distinta de la institución eclesial

autoexpresión del pueblo: su índole cultural y abierta invita a que aflore toda la riqueza interior e instaure experiencias espirituales transformadoras de la sensibilidad y de las relaciones familiares, vecinales y sociales. A través de la palabra compartida y de expresiones simbólicas (sin descuidar claro está las acciones) se constituye la subjetividad, el sujeto participativo y consciente de su dignidad y su misión y capaz por lo tanto de procesos históricos exigentes y duraderos.

## SEGUNDA ETAPA

### a) LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE LOS PROMOVIDOS

Entonces la experiencia espiritual de estos líderes y participantes populares va contando cada vez más en el desarrollo de la pastoral liberadora, afectando incluso en una medida creciente a la propia experiencia espiritual del cura o de la religiosa. Instaurado el diálogo a este nivel primordial ya no es el miembro de la institución eclesial el que planea, evalúa y controla. De buena gana y sintiéndolo como enriquecimiento cede la posición monárquica tradicional y comparte con los agentes pastorales surgidos en el proceso. Este deslizamiento se realiza de un modo muy natural y en cierta medida viene también requerido por los elementos populares.

Si la participación en los trabajos y en las organizaciones no se da en el seno de esta experiencia espiritual compartida surgen a veces problemas de autoridad y luchas por el control de la or-

ganización. Si se basa en este proceso espiritual conjunto la consecuencia más visible es un cambio de ritmo: la vida cobra relevancia frente a la historia. Eso no significa que cedan las acciones y luchas sino que se inscriben en la matriz densa de la cotidianidad, los perfiles se vuelven menos acusados, se instaure la multiplicidad, todo parece más lábil pero a la larga resulta más consistente.

### b) LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DEL PUEBLO

Pero este paso, con ser tan decisivo, no es sino preliminar respecto de otro tercero que nuestra pastoral sub-urbana vive aún de modo incipiente: se trata de tomar en cuenta, no sólo la experiencia espiritual de los líderes y militantes del pueblo, de algún modo moldeados ya por el trabajo pastoral, sino también y sobre todo la de todo el pueblo en su abigarrada variedad y en los aspectos convergentes más resal-

tantes. El camino recorrido (tanto el conocimiento nacido de la prolongada convivencia, como el proceso personal descrito) posibilita la captación de esta experiencia y propicia incluso su recepción por la comunicación directa de la gente. Ya la solidaridad con el pueblo, además de lo reivindicativo, lo organizativo y la comunicación de bienes, implica también consentir con su manera de estar en el mundo, comprender su modo de ver la vida, captar su tono vital, hacerse a su sensibilidad, participar de sus símbolos, desentrañar sus mitos, iniciarse en sus ritos, conocer sus conceptos fundamentales... No se trata de mimetismo sino de solidaridad que instaure un diálogo histórico. Pero el presupuesto de ese diálogo es que los pobres no son sólo ni principalmente seres carenciales sino en todo caso seres espirituales. Y por lo tanto echar nuestra suerte con los pobres de la tierra (que son los pobres de Dios) y hacer nuestra su justa causa (que es la de Jesús) entraña ante todo una dimensión cultural. Lo clasista no queda cancelado sino reafirmando, pero se integra a esta dimensión cultural y es moldeado por ella. No al contrario.

### Exodo como liberación

Diseñar los rasgos más salientes de la experiencia espiritual del pueblo, desborda las posibilidades de este artículo y además lo sentimos como prematuro. Sin embargo sí quisiera explicar una característica que creo suficientemente confirmada y bastante relevante. Me re-

fieron a la experiencia espiritual de la gente que fundó los barrios y más en general de la que afluyó a ellos del campo. Creo que, se exprese de un modo u otro, la mayoría de estas personas ha vivido su éxodo como liberación. En el ayer han quedado sin duda cosas hermosas, pero la mayor parte del pueblo prefiere el hoy, lo experimenta como paso histórico de condiciones de vida menos humanas a más humanas (cf. Medellín: Introducción No. 6). Se experimenta con más elementos para vivir (aspecto material), con más posibilidades para vivir (aspecto subjetivo y social) y más en general con un horizonte notablemente ampliado. Y sabe que el paso no ha sido un regalo de otros sino obra de su esfuerzo de muchos años, de sacrificios sin cuento, de saber aprovechar oportunidades; y también de la colaboración de familiares, amigos, compañeros o vecinos... gente como ellos que mediante la ayuda mutua se ha ido levantando. Sabe que en este tránsito han dejado pedazos de su ser y aun dimensiones de su existencia y eso les duele, pero también les lleva a valorar lo adquirido a tanto precio.

Así pues la experiencia básica es de positividad. Nuestro pueblo se siente protagonista de una transformación tan profunda que bien puede llamarse (como dice A. Mijares) una revolución, cuyo sujeto es el "empeño tenaz de la colectividad que, ayudada o no por los gobiernos sucesivos, ha mantenido una continuidad superior a todos ellos". Claro que el pueblo sabe que sin el petróleo tal cambio no hubiera sido posible, pero también es verdad que él ha perseguido afanosamente su fruto y lo ha sembrado gota a gota mezclándolo con su sudor. Como consecuencia de este camino el pueblo se autoestima y llega a un nivel básico de satisfacción. Este camino lo vive también como una bendición de Dios y por él le da gracias y le pide que no falte su protección.

Por la falta de este reconocimiento fundamental (entre otros factores) han fracasado los partidos de izquierda y fracasará también cualquier pastoral que no lo tome como dato primordial. Y cristianamente no se tratará sólo de fallo metodológico sino de ceguera para reconocer el paso de Dios y la fecundidad de su bendición.

#### **Precariedad y falta de reconocimiento**

Estos hombres saben sin embargo que lo adquirido es precario y que comparativamente es escaso y que no es un

punto de llegada para los suyos. Por eso ansían con toda el alma que sus hijos vayan más allá; que no tengan que pasar lo que ellos pasaron y que los superen. Aunque en esto también va el dolor de que tal vez cuando lleguen a algo más no los comprendan y aun los desprecien.

Saben también que el camino no ha sido recorrido como pueblo convocado. Agradecen a los políticos que rompieron las barreras oligárquicas y dieron posibilidades educativas, servicios de salud e infraestructura y una cierta defensa de sus derechos y apoyo de sus reivindicaciones. Pero eso es más bien del pasado. Ahora se sienten bastante solos. Sin canales de información (que es poder) y organización.

Pero más aún resienten que lo construido tan tenazmente por ellos contra viento y marea no es valorado socialmente. Y no sólo no se justifica su obra, tampoco ellos se sienten valorados y ni siquiera muchas veces reconocidos como personas. Lo que más les duele a estos hombres de los barrios es la falta habitual de respeto.

#### **La esperanza herida**

Y así enfrentan la crisis que ya **Puede acabar de repente lo poquito que se logró con tanto empeño**



golpea bastante. El peligro de proletarización, de que cambie de signo el proceso de tantos años de esfuerzo (no sólo es peligro: el nivel de vida descendió en estos tres últimos años según las cifras del BCV), preocupa mucho a la gente que va sintiendo cómo escasea el trabajo, suben los productos, se deterioran los servicios y se endurecen las estratificaciones sociales. Es un duro golpe para la esperanza que vino amasándose en tantos años de esfuerzo penoso pero a pesar de todo fecundó. Ahora se siente que hay que sembrar mucho más esfuerzo para cosechar lo mismo. Y que con demasiada frecuencia una quiebra fraudulenta, un alalto que nadie investigará o una enfermedad que no atendieron en el Seguro bastan para acabar de repente con lo poquito que se logró con tanto empeño.

Creo que esta situación apretada (que previsiblemente se prolongará bastante) tiende a provocar una reacción parecida a la que asumieron bastantes agentes pastorales al llegar al techo de los años 60: una actitud de "realismo", es decir, de aceptación pacífica y, digamos, resignada de los límites de la situación y del sistema y tratar en ella de sacar el mayor partido posible. En contra del slogan (que fue moneda corriente hasta hace una década) de que la agudización, de las contradicciones lleva inexorablemente a la salida revolucionaria, tenemos la evidencia de que esta situación nuestra de crisis provoca más bien el repliegue y la desmovilización.

Es crucial que acertemos en la interpretación de estos signos. Creemos que la combinación de un marxismo mecanicista y mesiánico y un cristianismo "liberador" milenarista sería una pésima lectura de lo que se nos pide hoy en Venezuela. Pero tampoco nos parece acertado convalidar sin más como voluntad de Dios la resignación a las coordenadas del sistema. Dios no nos quiere ni apocalípticos ni integrados.

#### **En espera del momento, espacios de libertad**

Hay un texto en Puebla que interpretaría admirablemente la experiencia espiritual de un buen número de mujeres y varones de nuestros barrios. Es el número 452 (cf. recuadro). El punto de partida es la brecha entre ricos y pobres y la contradicción entre la religiosidad sin fe de los de arriba (que han creado y mantienen unas estructuras de pecado) y los valores de dignidad y hermandad solidaria (que nuestro pueblo lleva en el corazón como

# RELIGIOSIDAD POPULAR Y LIBERACION EN PUEBLA

**La religiosidad popular si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Por ello deja un espacio para lo que S.S. Juan Pablo II ha vuelto a denominar "estructuras de pecado" (Homilía Zapopan 3 AAS LXXI p. 230). Así la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y de hermandad solidaria. Valores éstos que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación. Esta es una exigencia aún no satisfecha. Por su parte el pueblo movido por esta religiosidad, crea o utiliza dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad, por ejemplo: el barrio, la aldea, el sindicato, el deporte. Y entre tanto, no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada. (No. 452)**

genuina expresión cristiana). Pero esta conciencia de la situación no lleva al resentimiento ni al enfrentamiento suicida. A la gente no le gusta que se esté hablando todo el rato de esto. Una vez apuntado, les interesa más bien entrar en lo que está en sus manos hacer: Crear espacios de libertad, utilizar todas las posibilidades de convivencia solidaria, crecer en capacitación y organización, montar momentos de fiesta horizontal y humanizante...

Se trata ante todo de preservar el sentido sagrado de la vida y de vivirla de un modo compartido, digno y gustoso. Frente a una situación en la que todo se compra y se vende, esta afirmación práctica de la vida humana como algo que no está en el mercado es de un altísimo valor. Es objetivamente contradictorio al sistema que pone todo al servicio privado y lo emplea como medio para obtener ganancias. Pero es también subjetivamente libre respecto del sistema ya que son reuniones horizontales y no controladas por los circuitos de poder, en las que además no rige la ideología dominante (que es el modo más importante por el que nuestro pueblo es hegemonizado por los de arriba). Pero es que además incluye expresamente acciones reivindicativas, actos de protesta, de solidaridad y aun

pequeños embriones de organizaciones alternativas.

Creemos que esta es una experiencia genuinamente espiritual de gente de nuestros barrios. Hay, claro está, otro tipo de experiencias, desde el vivirle a los demás hasta un desfondado e individualista agarrarse al instante, pasando por una adaptación al sistema que puede ser arribismo o aceptación entusiasta de sus postulados. Pese a lo compulsivo de muchas situaciones, en nuestros barrios hay también capacidad de elegir, hay gracia y pecado. La lucha por la vida y por mantener la dignidad de la vida es particularmente pesada; en tanta precariedad es difícil perseverar en una conducta íntegra. Pero lo que hemos descrito arriba no es un deseo piadoso sino testimonio de lo que hemos visto y oído y de lo que nos han contado otros compañeros.

## CONCLUSION

En resumen creo que la pastoral suburbana liberadora alcanza su madurez cuando se edifica no sólo sobre la experiencia espiritual de los agentes pastorales sino más aún sobre la experiencia espiritual del pueblo. Y si tenemos que caracterizarla, el elemento primordial sería la positividad: las personas adultas de los barrios se sienten prota-

gonistas de un éxodo sentido como liberación. Saben que los logros son precarios y están amenazados por la crisis que se ceba sobre ellos. Pero el punto de partida de la pastoral no puede ser otro que el reconocimiento de esa salvación y de ese valor propio descubierto en el proceso aunque escamoteado por los de arriba. Desde ahí no se trata hoy por hoy de asaltar el poder ni de medirse constantemente con él, sino de aprovechar las oportunidades y avanzar lo que se pueda, naturalmente que sin vender el alma, pero tampoco con remilgos de pureza revolucionaria.

Si el agente pastoral no toma en cuenta esa experiencia del pueblo y se deja llevar más bien por su propia onda se mantendrá la distancia psicológica, el desencuentro cultural que enturbió el compromiso popular de no pocos agentes pastorales en Venezuela. En efecto, desde el comienzo percibimos la precariedad vital del pueblo y su falta de reconocimiento por parte del status, nos dolieron como si se hicieran a nosotros y salimos a reivindicar esa dignidad herida y a remediar tanta escasez. Pero al no caer en cuenta de su experiencia de éxodo, sin quererlo, también nosotros dejamos de reconocer al pueblo los logros de su larga marcha. Creímos que la historia comenzaba con nosotros y no valoramos su gesta. Al faltarnos este reconocimiento tampoco pudimos entender la terca adhesión de estos hombres a unos partidos (sobre todo a AD) con los que mal que bien realizaron su marcha.

Pero si reconocemos este éxodo como un proceso de salvación en el que se ha hecho presente una y otra vez en situaciones difíciles la protección de Dios y en el que él ha derramado sus bendiciones, y procesamos de este modo con el pueblo su reciente marcha histórica podremos, desde esta base, entablar un diálogo histórico fecundo y ayudarlo a no deslumbrarse por espejismos ni empatarse en tentaciones. Más aún podremos instarlo a que no se quede a medio camino sino que prosiga su marcha.

En este diálogo fecundo serán superados los dos modelos organizativos polares: el leninista que trata de dirigir al pueblo desde arriba y el anarquista que se entrega a la espontaneidad de las masas. Frente a ellos, nuestra pastoral liberadora aspira a entablar un diálogo fecundo desde una experiencia espiritual compartida y desde la diferenciación de funciones en el seno de relaciones realmente horizontales.